

SUSAN GEORGE

Veinte años de economía de elite

El triunfo del neoliberalismo y su imposición como único modelo económico, político y social ha sido presentado como algo inevitable, fruto de la evolución natural de la sociedad. Sin embargo, la aplicación de esta doctrina se ha traducido en un incremento de las desigualdades entre ricos y pobres, entre los países del Norte y los del Sur. No sólo no es el único orden posible, sino que se le puede —y debe— hacer frente. Para ello hará falta una ofensiva ideológica organizada, que devuelva el poder a las comunidades y estados democráticos, y consiga una distribución más justa de los recursos en el ámbito internacional. El mercado tiene un lugar, pero no puede ocupar toda la esfera de la existencia humana.

Los organizadores de la Conferencia me han pedido una breve historia del neoliberalismo, con el título de “Veinte años de economía de elite”. Siento decirles que, para que tenga sentido, he de retroceder cincuenta años, justo después del final de la II Guerra Mundial.

En 1945 o 1950, si hubieran propuesto en serio algunas de las ideas y políticas de la típica caja de herramientas neoliberal de hoy, se habrían reído de ustedes o los habrían encerrado en un manicomio. Al menos en los países occidentales, en aquella época todos eran keynesianos, socialdemócratas o demócrata-cristianos o marxistas en cualquiera de sus variantes. La idea de que había que permitir que el mercado tomara decisiones importantes de carácter social y político; la idea de que el Estado debía reducir voluntariamente su función en la economía, o de que las empresas debían tener total libertad, de que había que frenar a los sindicatos y de que había que dar a los ciudadanos mucha menos protección social, y no al contrario; todas estas ideas eran totalmente ajenas al espíritu de la época. Incluso si alguien hubiera estado de acuerdo con ellas, habría dudado en manifestar su postura en público y habría tenido muchos problemas para encontrar audiencia.

Por increíble que pueda parecernos hoy, especialmente al público más joven, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial eran consideradas instituciones progresistas. A veces se les llamaba “los gemelos de Keynes” porque

Susan George es directora adjunta del Transnational Institute (Amsterdam). Autora de diversos libros sobre economía global. Este artículo es la reproducción de la conferencia sobre la “Soberanía económica en un mundo en vías de globalización”, celebrada en Bangkok, del 24 al 26 de marzo de 1999.

Traducción: Berna Wang

fueron creación de J.M. Keynes y de Harry Dexter White, uno de los asesores más próximos a Franklin Roosevelt. Cuando se crearon estas instituciones en Bretton Woods en 1944, su mandato era contribuir a prevenir los conflictos futuros mediante la concesión de créditos para la reconstrucción y el desarrollo y la resolución de problemas temporales de las balanzas de pagos. No tenían ningún control sobre las decisiones económicas de los gobiernos, y su mandato tampoco incluía un permiso para intervenir en la política nacional.

En las naciones occidentales, se pusieron en marcha el Estado del Bienestar y el *New Deal* o Nuevo Trato en los años treinta, pero su difusión se vio interrumpida por la guerra. El primer punto del orden del día en la posguerra fue volver a ponerlos en funcionamiento. El otro punto importante del orden del día era implantar el comercio mundial, lo que se logró por medio del Plan Marshall, que impuso a Europa, una vez más, como el principal socio comercial de Estados Unidos, la economía más poderosa del mundo. Y fue entonces cuando también empezaron a soplar los fuertes vientos de la descolonización y las antiguas colonias obtuvieron la libertad ya fuera por concesión, como la India, o por medio de la lucha armada, como Kenia, Vietnam y otras naciones.

En conjunto, el mundo se había comprometido con una agenda de trabajo de carácter sumamente progresista. En 1944, el gran especialista Karl Polanyi publicó su obra maestra, "La gran transformación", una feroz crítica de la sociedad industrial, y basada en el mercado del siglo XIX. Hace más de cincuenta años, Polanyi hizo esta declaración, sorprendentemente profética y moderna: "Permitir que el mecanismo del mercado sea el único director del destino de los seres humanos y de su entorno natural [...] tendría como consecuencia la demolición de la sociedad". Sin embargo, Polanyi estaba convencido de que esta demolición ya no podría producirse en el mundo de la posguerra porque, como dijo,² "Dentro de las naciones estamos presenciando un avance en cuya virtud el sistema económico deja de fijar las leyes para la sociedad y queda asegurada la primacía de ésta sobre ese sistema".

Lástima que el optimismo de Polanyi fuera equivocado: toda la argumentación del neoliberalismo se basa en que hay que permitir que sea el mecanismo del mercado el que dirija el destino de los seres humanos. Es la economía la que debe imponer sus normas a la sociedad, y no al contrario. Y tal como previó Polanyi, esta doctrina nos está llevando directamente hacia la "demolición de la sociedad".

Así pues, ¿qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué hemos llegado a este punto, medio siglo después del final de la II Guerra Mundial? O, como piden los organizadores, "¿por qué celebramos esta conferencia precisamente ahora?". La respuesta más breve es: "Por toda la serie de recientes crisis financieras, especialmente en Asia". Pero esa no es la pregunta; la pregunta que formulan en realidad es: "¿Cómo surgió el neoliberalismo de su gueto ultraminoritario para convertirse en la doctrina dominante en el mundo actual?" ¿Por qué pueden intervenir el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial a voluntad y obligar a los países a participar en la economía mundial en condiciones básicamente desfavorables? ¿Por qué el Estado del Bienestar corre peligro en todos los países donde se estableció? ¿Por qué está el medio ambiente al borde del colapso y por qué hay tantos

pobres, tanto en los países ricos como en los países pobres, cuando nunca ha habido tanta abundancia como ahora? Esas son las preguntas a las que hay que responder desde una perspectiva histórica.

Como ya he expuesto con detalle en la revista trimestral estadounidense *Dissent*, una explicación de este triunfo del neoliberalismo y de los desastres económicos, políticos, sociales y ecológicos que conlleva es que los neoliberales han comprado y pagado su propia "Gran Transformación", depravada y regresiva. Han comprendido, como no han sido capaces de comprender los progresistas, que las ideas tienen consecuencias. A partir de un pequeño embrión, en la Universidad de Chicago, del que el filósofo y economista Friedrich von Hayek y sus alumnos, como Milton Friedman, constituían el núcleo, los neoliberales y quienes los financian han creado una enorme red internacional de fundaciones, institutos, centros de investigación, publicaciones, especialistas, escritores y relaciones públicas de pacotilla para desarrollar, presentar y promocionar sin tregua sus ideas y su doctrina.

Y han creado este cuadro ideológico, tan sumamente eficiente, porque saben perfectamente qué quería decir el pensador marxista italiano Antonio Gramsci cuando desarrolló el concepto de hegemonía cultural. Si alguien es capaz de ocupar las cabezas de la gente, sus corazones y sus manos vendrán detrás. No tengo tiempo para entrar aquí en detalles, pero, créanme, el trabajo ideológico y de promoción de la derecha es absolutamente genial. Han dedicado a ello cientos de millones de dólares, pero el resultado ha valido cada centavo invertido porque han conseguido que el neoliberalismo parezca el estado natural y normal de la humanidad. No importa cuántos desastres de todo tipo ha provocado de forma manifiesta el sistema neoliberal, no importan las crisis financieras que pueda engendrar, no importa cuántos perdedores y marginados pueda crear: siguen haciendo que parezca algo inevitable, como un acto divino, el único orden económico y social posible que tenemos.

Permítanme que subraye la enorme importancia que tiene comprender que este enorme experimento neoliberal en el que nos vemos obligados a vivir ha sido creado por unas personas y con un propósito definido. Si entienden esto, si comprenden que el neoliberalismo no es una fuerza como la ley de la gravedad, sino totalmente artificial, podrán comprender también que algo creado por unas personas, puede ser cambiado por otras personas. Pero no pueden cambiarlo sin reconocer la importancia de las ideas. Aunque estoy totalmente a favor de los proyectos populares de base, también les advierto de que todos estos proyectos se derrumbarán si el clima ideológico global es hostil hacia sus objetivos.

Así pues, el neoliberalismo, que era una pequeña e impopular secta que prácticamente no tenía ninguna influencia, ha pasado a convertirse en la principal religión del mundo con su doctrina, sus dogmas, sus sacerdotes, sus instituciones legislativas y, quizá lo más importante de todo, su infierno para los paganos y pecadores que se atreven a refutar la verdad revelada. Oskar Lafontaine, el ex ministro de Economía alemán a quien el *Financial Times* llamó "keynesiano no reconstruido" ha sido enviado a ese infierno sólo porque se atrevió a proponer gravar con más impuestos a las empresas e introducir recortes fiscales para las familias corrientes y menos acomodadas.

*Si alguien es
capaz de
ocupar las
cabezas de la
gente, sus
corazones y
sus manos
vendrán
detrás.*

*Ahora una
persona de
cada cuatro, y
un niño de
cada tres, es
oficialmente
pobre.*

Y una vez que hemos determinado el escenario ideológico y el contexto, permítanme avanzar rápidamente e ir al marco temporal de hace veinte años. Esto significa 1979, el año en que llegó al poder Margaret Thatcher y llevó a cabo la revolución neoliberal en Gran Bretaña. La Dama de Hierro era discípula de Friedrich von Hayek, una darwinista social, y no tenía ningún reparo en expresar sus convicciones. Era conocida su forma de justificar su programa con la palabra TINA, acrónimo en inglés de No Hay Alternativa (There is No Alternative). El valor central de la doctrina de Thatcher y del propio neoliberalismo es el concepto de competencia: competencia entre naciones, regiones, empresas y, desde luego, entre personas. La competencia es fundamental porque separa a las ovejas de las cabras, a los hombres de los niños, a los aptos de los no aptos. Se supone que la competencia distribuye todos los recursos, ya sean físicos, naturales, humanos o económicos, con la mayor eficiencia posible.

En marcado contraste, el gran filósofo chino Lao Tze terminaba su *Tao Te Ching* con estas palabras: "Por encima de todo, no competir". Los únicos actores del mundo neoliberal que parecen haber seguido su consejo son los de mayor envergadura: las empresas transnacionales. El principio de la competencia apenas se les puede aplicar a ellas; prefieren practicar lo que podríamos llamar capitalismo de alianza. No es casual que, dependiendo del año, dos terceras partes o tres cuartas partes de todo el dinero etiquetado como "inversión extranjera directa" no se dedique a crear nuevas inversiones que generen puestos de trabajo, sino a fusiones y adquisiciones, lo que se traduce casi invariablemente en pérdidas de empleos.

Dado que la competencia es siempre una virtud, sus resultados no pueden ser malos. Para el neoliberal, el mercado es tan sabio y bueno como Dios, y la Mano Invisible puede hacer un bien de algo aparentemente malo. Así, Thatcher dijo una vez en un discurso: "Nuestra tarea es enorgullecernos de la desigualdad y ver que se da rienda suelta a talentos y capacidades para beneficio de todos nosotros". En otras palabras, no se preocupen por quienes puedan quedarse atrás en la lucha competitiva. Las personas son desiguales por naturaleza, pero esto es algo bueno porque las contribuciones de los nacidos en altas cunas, los más cultos, los más duros, beneficiarán en última instancia a todos. Nada en concreto se debe a los débiles, a los incultos, todo lo que les sucede es por su propia culpa, nunca por culpa de la sociedad. Si se da "rienda suelta" al sistema competitivo, como dice Margaret, la sociedad será lo mejor para él. Por desgracia, la historia de los últimos veinte años nos enseña que lo que sucede es justo lo contrario.

En la Gran Bretaña anterior a la era Thatcher, se consideraba que aproximadamente una persona de cada diez vivía por debajo de la línea de la pobreza, lo que no es un resultado brillante, aunque sí honroso tal como estaban las naciones y mucho mejor que en el periodo anterior a la guerra. Ahora una persona de cada cuatro, y un niño de cada tres, es oficialmente pobre. Este es el significado de la supervivencia de los más aptos: personas que no pueden calentar sus casas en invierno, que deben introducir una moneda en el contador para tener electricidad o agua, que no tienen un abrigo, etc. Tomo estos ejemplos del informe de 1996 del Grupo Británico de Acción sobre la Pobreza Infantil. Ilustraré el resultado de las "reformas fiscales" de Thatcher y Major con un solo ejemplo: durante los años ochenta, el 1% de los contribuyentes recibía el 29% de los beneficios de la reduc-

ción fiscal, de tal forma que una persona sola que ganase la mitad del salario medio tenía que pagar un 7% más de impuestos, mientras que una persona sola que ganase diez veces el salario medio obtenía una reducción del 21%.

Otra consecuencia de la competencia como valor central del neoliberalismo es que el sector público debe reducir brutalmente su tamaño porque no obedece ni puede obedecer a la ley básica de competir por los beneficios o para aumentar su cuota de mercado. La privatización es una de las principales transformaciones económicas de los últimos veinte años. La tendencia comenzó en Gran Bretaña y se ha difundido en todo el mundo.

Permítanme comenzar preguntando por qué los países capitalistas, especialmente los de Europa, tenían servicios públicos en primer lugar, y por qué muchos siguen teniéndolos. En realidad, casi todos los servicios públicos constituyen lo que los economistas llaman "monopolios naturales". Un monopolio natural existe cuando el tamaño mínimo para garantizar la máxima eficiencia económica es igual al tamaño real del mercado. En otras palabras, una empresa tiene que tener un determinado tamaño para desarrollar economías de escala y proporcionar así el mejor servicio posible al coste más reducido para el consumidor. Los servicios públicos exigen también desembolsos de inversión muy grandes al principio —como las vías de ferrocarril o las redes eléctricas—, lo que tampoco fomenta la competencia. Por eso los monopolios públicos eran la solución óptima obvia. No obstante, los neoliberales definen de inmediato todo lo público de "ineficiente".

Así pues, ¿qué ocurre cuando se privatiza un monopolio natural? Lo más normal y natural es que los nuevos propietarios capitalistas tiendan a imponer precios de monopolio al público, al mismo tiempo que se asignan generosas remuneraciones. Los economistas clásicos llaman a este resultado "fracaso estructural del mercado" porque los precios son superiores de lo que deberían ser y el servicio al consumidor no es siempre bueno. A fin de impedir los fracasos estructurales del mercado, hasta mediados de los años ochenta, casi todos los países capitalistas de Europa confiaron los servicios de correos, las telecomunicaciones, la electricidad, el gas, el ferrocarril, el metro, el transporte aéreo y generalmente otros servicios como el agua, la recogida de basuras, etc., a monopolios propiedad del Estado. EE UU es la gran excepción, quizá porque es demasiado vasto geográficamente para favorecer los monopolios naturales.

En cualquier caso, Margaret Thatcher decidió cambiar todo eso. Como ventaja añadida, también podía utilizar la privatización para acabar con el poder de los sindicatos. Al destruir el sector público, donde los sindicalistas tenían más fuerza, pudo debilitarlos drásticamente. Así, entre 1979 y 1994, el número de puestos de trabajo en el sector público en Gran Bretaña pasó de más de siete millones a cinco millones, una reducción del 29%. Prácticamente todos los empleos eliminados estaban ocupados por sindicalistas. Dado que el empleo en el sector privado estuvo estancado durante esos quince años, la reducción global del número de puestos de trabajo británicos alcanzó la cifra de 1.700.000, una disminución del 7% en comparación con los datos de 1979. Para los neoliberales, cuantos menos trabajadores mejor, porque los trabajadores inciden en el valor del accionista.

En cuanto a otros efectos de la privatización, eran predecibles y se predijeron. Los gestores de las empresas recién privatizadas, a menudo exactamente las mis-

mas personas que antes, se duplicaron o triplicaron sus salarios. El Gobierno utilizó el dinero del contribuyente para cancelar deudas y recapitalizar las empresas antes de sacarlas al mercado. Por ejemplo, la entidad oficial encargada de la distribución del agua obtuvo 5.000 millones de libras esterlinas para alivio de la deuda, más otros 1.600 millones de libras denominadas "dote verde", destinadas a hacer más atractiva la novia a los ojos de los posibles compradores. Hubo una intensa labor de relaciones públicas para explicar que los pequeños accionistas podrían tener participaciones en estas empresas —y, de hecho, nueve millones de británicos compraron acciones—, pero la mitad de ellos invirtió menos de mil libras y la mayoría vendió sus acciones bastante rápido, en cuanto pudo sacar provecho de los beneficios instantáneos.

A tenor de los resultados, es fácil ver que el único sentido que tiene la privatización no es ni la eficiencia económica ni la mejora de los servicios para el consumidor, sino simplemente transferir riqueza del erario público —que podría redistribuirla para compensar desigualdades sociales— a manos privadas. En Inglaterra y en otros lugares, la inmensa mayoría de las acciones de las empresas privatizadas están ahora en manos de instituciones financieras y de grandes inversores. Los empleados de British Telecom compraron sólo el 1% de las acciones, los de British Aerospace el 1,3%, etc. Antes de la ofensiva de la señora Thatcher, gran parte del sector público en Gran Bretaña era rentable. En consecuencia, en 1984, las empresas públicas aportaron más de 7.000 millones de libras al erario público. Ahora todo ese dinero va a parar a manos de accionistas privados y el servicio en los sectores privatizados a menudo es desastroso: el *Financial Times* informaba de una invasión de ratas en la red de distribución de agua de Yorkshire, y todo el que haya sobrevivido tomando los trenes de Thames en Inglaterra merece una medalla.

En el resto del mundo se han puesto en marcha exactamente los mismos mecanismos. En Gran Bretaña, el Instituto Adam Smith fue el socio intelectual en la creación de la ideología de la privatización. El organismo oficial estadounidense de ayuda al desarrollo (USAID) y el Banco Mundial también han recurrido a expertos de ese instituto y han promocionado la doctrina de la privatización en el Sur. En 1991, el Banco ya había concedido 114 créditos para acelerar este proceso, y cada año, su informe sobre la situación financiera y el desarrollo global incluye una lista de cientos de privatizaciones realizadas en los países que han pedido préstamos al Banco.

En mi opinión, debemos dejar de hablar de lprivatización y utilizar palabras que digan la verdad: estamos hablando de alienación y de entrega del producto de décadas de trabajo de miles de personas a una pequeña minoría de grandes inversores. Y este es uno de los mayores retrasos de nuestra generación y de cualquier otra.

Otra característica estructural del neoliberalismo consiste en remunerar al capital en detrimento de la mano de obra y trasladar, por tanto, la riqueza desde la base de la sociedad hasta la cúspide. Quien esté, aproximadamente, en el 20% superior de la escala de ingresos, probablemente obtendrá algún beneficio del neoliberalismo, y cuanto más alto esté en la escala, más ganará. Y a la inversa, todo el que esté en el 80% de la base saldrá perdiendo, y cuanto más abajo esté, más perderá proporcionalmente.

Para que no piensen que había olvidado a Ronald Reagan, permítanme ilustrar este aspecto con las observaciones de Kevin Phillips, analista republicano y ex ayudante del presidente Richard Nixon, que publicó un libro en 1990 titulado "La política del rico y el pobre". Phillips siguió atentamente la forma en que la doctrina y las políticas neoliberales de Ronald Reagan habían cambiado la distribución de ingresos en EE UU entre 1977 y 1988. Estas medidas fueron elaboradas en su mayor parte por la Fundación Heritage, de carácter conservador, y principal gabinete estratégico del Gobierno de Reagan, que sigue siendo una fuerza importante en la política estadounidense. Durante los años ochenta, el 10% de familias estadounidenses con más ingresos aumentaron éstos en un 16%; el 5% más acaudalado los aumentaron en un 23%, y los más afortunados del 1% de familias más ricas pudieron agradecer a Reagan un aumento en sus ingresos del 50%, que pasaron de unos abundantes 270.000 dólares a unos embriagadores 405.000 dólares. En cuanto a los estadounidenses más pobres, el 80% de la base de la escala, todos perdieron algo; siguiendo la norma, cuanto más abajo estaban en la escala, más perdieron. El 10% de ciudadanos con menos ingresos alcanzaron el punto más bajo: según las cifras de Phillips, perdieron el 15% de sus ingresos, ya escasos, pasando de una media ya muy baja de 4.113 dólares anuales a unos inhumanos 3.504 dólares. En 1977, el 1% de familias estadounidenses que más ganaban obtuvo unos ingresos medios 65 veces superiores a los del 10% de la parte inferior de la escala. Un decenio más tarde, el 1% de la cúspide era 115 veces más rico que el 10% de la base.

Aunque EE UU es una de las sociedades con más desigualdades del mundo, en casi todos los países éstas han aumentado en los últimos veinte años debido a las políticas neoliberales. La UNCTAD (Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo) publicó algunos datos condenatorios a este respecto en su Informe sobre Comercio y Desarrollo de 1997, basado en unos 2.600 estudios diferentes sobre desigualdades en los ingresos, empobrecimiento y vaciamiento de las clases medias. El equipo de la UNCTAD documenta estas tendencias en decenas de sociedades muy diferentes, incluidas las de China, Rusia y las de otros antiguos países socialistas.

No hay ningún misterio en esta tendencia hacia una mayor desigualdad. Las políticas están específicamente diseñadas para dar más ingresos disponibles a los que ya son ricos, especialmente por medio de recortes fiscales y de la reducción de salarios. La teoría y la justificación ideológica de estas medidas es que unos ingresos superiores para los ricos y unos beneficios superiores se traducirán en más inversiones, en una mejor distribución de los recursos y, por tanto, en más puestos de trabajo y en bienestar para todos. En realidad, como era perfectamente predecible, trasladar el dinero a los grados superiores de la escala económica se ha traducido en estafas en los mercados de valores, incalculables riquezas de papel para unos pocos, y el tipo de crisis financiera del que oiremos hablar una y otra vez en el curso de esta conferencia. Si los ingresos se redistribuyen entre el 80% de la base de la sociedad, se utilizarán para el consumo y, en consecuencia, beneficiarán el empleo. Si la riqueza se redistribuye hacia la cúspide de la pirámide, donde la gente ya tiene la mayoría de las cosas que necesita, no irá a la economía local o nacional, sino a los mercados de valores internacionales.

El neoliberalismo ha modificado la naturaleza fundamental de la política.

Como todos ustedes saben, estas mismas políticas se han implantado en todo el Sur y el Este bajo el disfraz de ajuste estructural, que no es más que otro nombre del neoliberalismo. He recurrido a Thatcher y a Reagan para ilustrar estas políticas en el ámbito nacional. En el ámbito internacional, los neoliberales concentran todos sus esfuerzos en tres puntos fundamentales:

- libre comercio de bienes y servicios
- libre circulación de capital
- libertad de inversión

En los últimos veinte años, el Fondo Monetario Internacional se ha reforzado enormemente. Gracias a la crisis de la deuda y al mecanismo de la condicionalidad, ha pasado de apoyar la balanza de pagos a ser el dictador casi universal de las denominadas políticas económicas "sólidas", lo que significa, naturalmente, las neoliberales. La Organización Mundial de Comercio (OMC) nació por fin en enero de 1995, tras largas y laboriosas negociaciones, y muchas veces forzando su aprobación en Parlamentos que sabían muy poco de lo que estaban ratificando. Afortunadamente, el esfuerzo más reciente encaminado a hacer vinculantes las normas neoliberales universales, el Acuerdo Multilateral sobre Inversiones (AMI), ha fracasado, al menos temporalmente. Este acuerdo habría dado todos los derechos a las empresas, todas las obligaciones a los gobiernos y ningún derecho en absoluto a los ciudadanos.

El denominador común de estas instituciones es su falta de transparencia y de rendición de cuentas democrática. Esta es la esencia del neoliberalismo. Afirma que la economía debe imponer sus normas a la sociedad, y no al contrario. La democracia es un estorbo; el neoliberalismo está concebido para los ganadores, y no para los votantes, que abarcan necesariamente tanto a los ganadores como a los perdedores.

Me gustaría concluir pidiéndoles que se tomen muy en serio la definición neoliberal de perdedor, a quien no se debe nada en concreto. Cualquiera puede ser expulsado del sistema en cualquier momento: por padecer una enfermedad, por su edad, por estar embarazada, por ser considerado un fracasado o simplemente porque las circunstancias económicas y la incesante transferencia de riquezas desde la base hasta la cúspide de la pirámide así lo exigen. El valor del accionista lo es todo. Hace poco el *International Herald Tribune* informaba de que los inversores extranjeros están "disputándose" las empresas y bancos tailandeses y coreanos. A nadie sorprendería que estas adquisiciones desembocaran en "abundantes despidos".

En otras palabras, se están transfiriendo los resultados de años de trabajo de miles de tailandeses y coreanos a manos de empresas extranjeras. Muchos de quienes trabajaron para crear esa riqueza ya han sido abandonados a su suerte o pronto lo serán. Según los principios de la competencia y de potenciar al máximo el valor del accionista, este comportamiento no se considera criminalmente injusto, sino normal e incluso virtuoso.

En mi opinión, el neoliberalismo ha modificado la naturaleza fundamental de la política. Antes, la política era, más que nada, todo lo relativo a quién gobernaba

a quién y a quién conseguía qué parte del pastel. Como es natural, quedan algunos aspectos de estas dos cuestiones centrales, pero la nueva gran cuestión central de la política es ahora, a mi parecer, "quién tiene derecho a vivir y quién no". La exclusión radical está ahora a la orden del día, y lo digo completamente en serio.

Les he dado bastantes malas noticias porque la historia de los últimos veinte años está llena de ellas. Pero no quiero terminar con un tono tan deprimente y pesimista. Ya están sucediendo muchas cosas para contrarrestar estas peligrosas tendencias y existe un ámbito enorme para emprender nuevas acciones.

Esta conferencia va a ayudar a definir gran parte de esas acciones, que en mi opinión deben incluir una ofensiva ideológica. Ya es hora de que seamos nosotros quienes decidamos el orden del día en lugar de dejar que los Amos del Universo lo determinen en Davos. Confío en que las entidades financiadoras entiendan también que no deben financiar sólo proyectos, sino también ideas. No podemos esperar que lo hagan los neoliberales, así que tenemos que diseñar sistemas tributarios internacionales equitativos y viables, incluidos un Impuesto Tobin sobre todas las transacciones del mercado monetario y financiero e impuestos progresivos sobre las ventas de las empresas transnacionales. Espero que veamos con detalle estas cuestiones en los talleres de la conferencia. Todo lo que se recaude en un sistema tributario internacional debe destinarse a cerrar la brecha que separa el Norte del Sur y redistribuirse entre todas las personas que han sido robadas en los últimos veinte años.

Permítanme repetir algo que ya he dicho: el neoliberalismo no es un estado natural del hombre, no es algo supranatural, sino que puede ser cuestionado y sustituido porque sus propios defectos así lo demandarán. Tenemos que estar preparados con medidas de reemplazo que devuelvan el poder a las comunidades y a los Estados democráticos y, al mismo tiempo, trabajar para instituir la democracia, el Estado de Derecho y la distribución justa de los recursos en el ámbito internacional. Las empresas y el mercado tienen su lugar, pero ese lugar no puede ocupar toda la esfera de la existencia humana.

Otra buena noticia es que hay mucho dinero en circulación y que sólo una pequeña fracción de él, una proporción ridícula e infinitesimal, sería suficiente para dar una vida decente a todos los habitantes de la tierra, proporcionar salud y educación universales, limpiar el medio ambiente e impedir que se siga destruyendo el planeta, y cerrar la brecha que separa el Norte del Sur; al menos según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, que pide unos míseros 40.000 millones de dólares al año. Francamente: una ridiculez.

Por último, no olviden que puede que el liberalismo sea insaciable, pero no es invulnerable. Una coalición de activistas internacionales ya les ha obligado, ayer mismo, a abandonar, al menos temporalmente, su proyecto de liberalizar todas las inversiones por medio del AMI. La victoria sorpresa de sus oponentes ha enfurecido a los partidarios del reinado de las empresas y demuestra que una red de guerrilleros bien organizada puede ganar batallas. Ahora tenemos que reagrupar nuestras fuerzas y seguir vigilándolos para que no puedan transferir el AMI a la Organización Mundial de Comercio.

Véanlo de este modo: tenemos los números de nuestra parte, porque hay

muchos más perdedores que ganadores en el juego neoliberal. Tenemos las ideas, mientras que las suyas están siendo finalmente cuestionadas por las reiteradas crisis. Lo que nos falta, de momento, es la organización y la unidad que en esta era de tecnología avanzada podemos lograr. La amenaza es sin duda transnacional, por lo que la respuesta debe ser también transnacional. La solidaridad ya no significa ayuda humanitaria, o no sólo ayuda humanitaria, sino encontrar las sinergias ocultas en las luchas de los demás para que nuestra fuerza numérica y el poder de nuestras ideas sean abrumadores. Estoy convencida de que esta conferencia contribuirá enormemente a este objetivo. Gracias por su amable atención.

Para más información sobre el tema dirigirse a Margrete Strand Rangnes, coordinadora del Proyecto AMI (Public Citizen Global Trade Watch): mstrand@citizen.org